

El de los tristes destinos

Aquella mañana del 13 de febrero de 1937, Julián amanecía fiel a la defensa de su fortín de la “La Boyeriza”, con tan sólo el mantecado de piedra y un café amedrantado de pureza, para iniciar una jornada bélica y complicada.

Para Julián, la milicia y la estrategia ponderosa pasan a un segundo plano cuando al instante de la cordura aparece en su mente Vicenta, la hija del farmacéutico del pueblo sanmartinero, que escapa de las ideologías políticas pero que se adentra en la maleza del verdadero sentimiento de un romanticismo de siglos anteriores.

Apenas se conocían, tan sólo un par de miradas cómplices en las orillas del Jarama, entre lavanderas y cuidadoras de la vega. Quizás para Julián, su febril consciencia quiso aventurar un ansiado deseo de las intenciones de Vicenta. Pero la realidad era otra, o tal vez no.

El Sargento Primero Bendaña, advierte de una ofensiva enemiga en las horas postreras del mediodía, aunque minutos después el comunicado oficial colmaba de tranquilidad en forma de falsa alarma, a los que allí defendían aquel terreno erosionado tan desconocido para todos.

El corazón de Julián volvió a henchirse, pero de otra manera. Ahora reposa creciente en el pensamiento y en el regazo de Vicenta, su Dulcinea meditada.

Sabía que la tarde de aquel sábado frío y lluvioso tendría un permiso de horas, y también la oportunidad de tal vez cruzarse con aquella muchacha por la que suspiraba entre los breves túneles de un fortín, tan hostil como baqueteado.

Tras un artificioso aseo entre cuchillas desgastadas y fijadores caducos, Julián llegaba a la plaza del pueblo entre miradas curiosas y cuchicheos impredecibles de acertar, por parte de aquellos campesinos y lugareños apocados.

Y así, entre observadores y murmullos, el eventual y fortuito militar pudo vislumbrar entre

un corrillo de chavales a Vicenta, su luz y esperanza, su fortaleza en el fortín, su miedo y su osadía. Con paso meditado, se acercó cuidadosamente a la breve muchedumbre. Ella, como un magnetismo impuesto se volvió radicalmente a los pasos de Julián. Este, tras un tímido saludo, invitó a la joven a una naranjada tras las risas comedidas de las amigas agradecidas.

Risas, complicidad, conversaciones atropelladas e intensas, y sobre todo...un primer beso. Un beso principiante, cálido, eterno pero efímero, inocente y consiguiente en el preámbulo del Día de San Valentín. Julián volvió a su fortín de “La Boyeriza” con la mirada perdida y el paso firme, pero confundido entre los algodones del camino angosto.

Aquella noche fue la noche de las estrellas, la de las puertas del cielo. Luna casi menguante en la solemnidad del amor eterno.

El amanecer del “Día de los Enamorados” continuaba siendo frío, llovizna persistente y con la buena ventura de otra jornada de consentimiento militar, al menos hasta el mediodía.

Y de nuevo Julián partió rumbo a la villa para intentar declarar sus sentimientos, y puras e intactas intenciones a Vicenta. En su mente no cabía otra posibilidad que la ansiada victoria en una batalla distante de la real, alejada de la crudeza de los campos de sangre que regaban los terrenos de “El Pingarrón” o el paso de “El Pindoque”.

Vicenta, como la que no espera la desazón ni el infortunio, parecía coquetear con el joven Agustín, un comerciante asiduo a esta zona, que mostraba cierta complicidad con la bella hija del boticario. Pero nada más lejos de la realidad, Agustín era su primo hermano, hijo de su tía Manuela y muy querido en la familia Cobos.

Julián quebró en la escena cruel de los amores malogrados, enmudeció su alma ante la mirada complaciente y benévola de su hasta ahora enamorada. No quiso más, los algodones de los caminos de retorno a la zona complaciente de fortines fueron ahora pedregales y cantizales confusos.

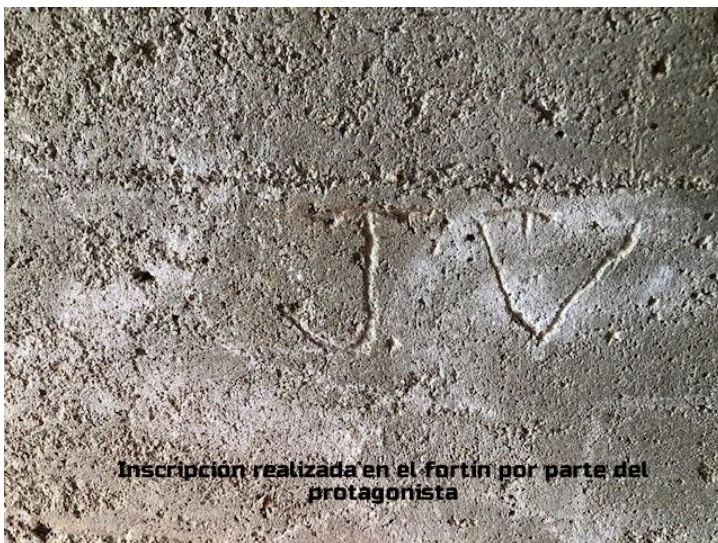
Apenas pudo llegar a su morada miliciano y vestirse de la ropa combatiente, cuando un ataque inesperado de las fuerzas enemigas consiguió desesperar a un regimiento impávido.

Mientras, en la mente de Julián, deambulaban escenas frustrantes con la rabia desahogada y colérica de la osadía de un honor no valorado y desagradecido.

Su fusil fue el instrumento del destino y su querer el motivo del valor desmedido

Entre proyectiles y explosiones pavorosas, Julián no supo aplacar el desamor e intentó compensarlo con un valor ya supeditado a la derrota. Así sucumbió con tres disparos mortales en el pecho, el mismo que había suspirado horas atrás, ante un amor que no lo fue. De un malogrado, con un triste destino.

Hoy en día, en aquel fortín de “La Boyeriza” queda inerte y atemporal, la inscripción que realizó el joven miliciano sobre ese amor efímero entre Julián y Vicenta.



Título: El de los Tristes Destinos

Seudónimo: Valandil

Categoría: Adulto